

Presentación en el conversatorio sobre liberalismo(s), en el CEP (25 de abril, 2018)

A pesar de que más de alguna vez se me ha acusado de ello, lo que erróneamente en mi mundo político se puede interpretar como un insulto, no soy un liberal, sino un socialista. Pero mi presencia en esta conversación tiene sentido bajo la hipótesis de que hay un socialismo que puede ser pensado como una extensión natural de un liberalismo (nótese que hablo de un socialismo y un liberalismo). A partir de esta conceptualización, que aclaro tempranamente: no es un juicio histórico, se plantean interrogantes para el mundo liberal y se deriva una agenda de largo aliento para los socialistas. Al menos para los que en palabras de nuestro fallecido compañero, Alejandro Rojas, vemos en la democracia un fin en sí mismo y no sólo una arena útil para acumulación de fuerzas.

El liberalismo, al menos su vertiente progresista, tuvo en su origen (junto con otros intereses) una intención por igualar la incidencia política de las personas y limitar las arbitrariedades de las autoridades. De esa convicción, se deriva su compromiso con la democracia como forma de gobierno. Esta apuesta que buscaba igualar los derechos políticos, sin embargo, demarcó tempranamente qué ámbitos estaban sujetos a tal exigencia democrática y cuales no (lo público y lo privado). A mi juicio, la demarcación entre lo público y lo privado es –para estos propósitos- arbitraria y contradictoria con la intención original ya descrita. Si lo que motiva al pensamiento liberal es igualar la incidencia que tenemos todos los seres humanos en las decisiones de alto impacto colectivo, esta demarcación debería estar dada por definir cuáles son los ámbitos de mayor incidencia en la vida social, lo que no coincide con la distinción liberal entre lo público y lo privado.

Así, pienso el socialismo como una desfiguración de esos límites arbitrarios y por ende como una extensión de la validez de los principios liberales democráticos a otros ámbitos relevantes de la vida social. En este sentido, como otros han hecho anteriormente, sostengo que las ideas socialistas pueden ser pensadas como una extensión natural del pensamiento liberal, pues “este socialismo” no propone nuevos principios, sino que promueve extender principios liberales a otros ámbitos de la vida social. Un socialismo continuador de la obra liberal. Con una salvedad, hay una importante y valiosa dimensión comunitaria en el pensamiento socialista, la que pienso no puede ser conceptualizada como una extensión del pensamiento liberal (aquello queda para otra conversación).

Tal vez, el movimiento político que mejor ilustra la relevancia de disputar la definición de los ámbitos que están sujetos a la exigencia de igualdad en la distribución del poder político, es el feminista y su célebre frase “lo personal es político”. Si lo personal es político, entonces en lo personal no puede haber opresión sistemática de un género por otro, aunque sea en el contexto de un acuerdo entre personas libres. Si lo personal es político, le podemos exigir a las relaciones personales los mismos estándares que le exigimos a las otras relaciones políticas. La frase no inventa nuevos principios, sólo bota una demarcación arbitraria y poco justificada que ha permitido que por siglos no se pueda cuestionar la asimetría política que viven las mujeres en el hogar, pues el hogar sería un ámbito privado que no está sujeto a las mismas exigencias que el espacio público.

Otro debate que ilustra paradigmáticamente esta perspectiva es la negativa de exigir en el ámbito de la empresa los grados de democracia que liberales, en buena hora, exigen a los Estados. A pesar de todo el tiempo que destinamos al trabajo, y el consecuente sometimiento a una relación vertical durante una fracción muy relevante de nuestras vidas. A pesar de que la dinámica capitalista no ha devenido en ese sueño de los primeros liberales en que las relaciones a través del mercado erosionarían la verticalidad naturalizada del orden monárquico. A pesar de que las grandes empresas funcionan como verdaderos gobiernos privados tiránicos, con reglas respecto a cómo vestir, qué opinar, las veces y bajo qué condiciones podemos ir al baño, y con sofisticados mecanismos que permiten monitorear cómo gastamos nuestro tiempo.

A pesar de todo ello, el pensamiento liberal se detuvo allí, en la frontera de la empresa y dijo: la democracia es exigible para el Estado, no es para las empresas.

En una noticia de comienzos de este año, se leía: “Amazon ha registrado en la Oficina de patentes y marcas de EEUU una pulsera que rastrea y ubica en tiempo real a los trabajadores de sus almacenes con la idea de ayudarlos en sus labores diarias gracias a conocer dónde ponen las manos.” Los límites arbitrarios que ha puesto el pensamiento liberal sobre lo público y lo privado, han calado tan hondo que muy pocos se escandalizan con esta noticia y, en cambio, muchos lo harían si simplemente cambiáramos Amazon por Corea del Norte, y la noticia se leyera como: el gobierno de Corea del Norte ha desarrollado una pulsera que rastrea y ubica en tiempo real a sus ciudadanos con la idea de ayudarlos en sus labores diarias.

Cabe notar, que en las sociedades democráticas estas medidas de monitoreo sólo se han aceptado, luego de mucho debate, para convictos y en reemplazo de la reclusión. Y así, empresas con ventas anuales que sobrepasan con creces el PIB de Corea del Norte y que tienen sofisticados mecanismos de sometimiento y control, no enfrentan nada de la correcta e indispensable presión que vive tal tiranía asiática por democratizarse.

Sin ser un experto en la materia, no me parece que en la tradición liberal haya una buena razón normativa para excluir unos ámbitos, tan relevantes de la vida social, del alcance de su apuesta por igualar los derechos políticos. ¿Cómo se sostiene normativamente tal demarcación? ¿Qué parte de esa demarcación tiene que ver con razones profundas respecto a los límites normativos de la igualdad en la incidencia potencial de los seres humanos en la vida social y qué parte se debe a consideraciones más bien pragmáticas? Ésta es una distinción clave. En el primer caso, estaríamos en presencia de un liberal a toda prueba. En el segundo, en cambio, podríamos estar en presencia de un socialista escéptico.

Si aceptamos que no hay buenas razones normativas para la separación tajante que ha hecho la tradición liberal entre los ámbitos que están sujetos a la democracia y los que no, entonces nuestra agenda debe ser la misma que emprendieron los liberales hace siglos, quienes convencidos de que cada persona debía tener igual posibilidad de incidir en la vida pública, sin importar sus bienes o nivel educacional, se embarcaron en la compleja tarea de pensar y desarrollar instituciones que hicieran aquello viable y permitieran que la democracia no fuera incompatible, entre otras cosas, con la eficiencia económica. Pero fue su convicción democrática la que los empujó a pensar las formas que la hicieran viable y no la certeza de esa viabilidad la que los convenció de las virtudes de los principios democráticos.

Ellos no dijeron: algunos países serán democráticos y otros no, dependiendo de lo que las personas libremente decidan en cada país, sino que empujaron para que ello fuera cierto en todo el mundo. Es ese compromiso, terquedad, paciencia y flexibilidad que tuvieron los liberales, del cual debemos aprender los socialistas para desarrollar nuestras instituciones, las que luego de mucha prueba y error, nos permitirán (si tenemos suerte) extender exitosamente la democracia a nuevos ámbitos relevante de la vida social de una manera que sea compatible con otros intereses relevantes, como el progreso material y tecnológico de la humanidad.

Nada asegura el éxito de esta agenda, pero tampoco nada aseguraba el éxito (ni tampoco su éxito futuro) de la democracia como forma de organizar los gobiernos.

En el plano económico, esta agenda implica continuar y extender la tradición liberal-progresista, empujada también por los izquierdistas, que consistió en identificar y luego limitar los mecanismos mediante los cuales las desigualdades económicas se transforman en desigualdades políticas. Este camino -a mi pesar- no tocó la propiedad privada, pero sí puso coto al ejercicio de su poder, al limitar los dispositivos que transformaban tal propiedad en sobrerepresentación de los intereses de sus dueños. Tal agenda, aún inconclusa, animó el tránsito del voto censitario y masculino, al universal y también las reformas que limitaron el cohecho por parte de los terratenientes (como la cédula única).

Son innumerables los desafíos prácticos que una agenda de este tipo enfrentaría, los que exigen terquedad para no abandonar la extensión del ideal democrático y pragmatismo y espíritu científico para encontrar soluciones a los problemas que encontremos en el camino. Por ahora, sólo enfatizo un problema obvio y fundamental. Si todo lo demás está constante, extender los ámbitos sujetos al ideal democrático requiere más tiempo para deliberar, tiempo que debemos restar del ocio o de las tareas productivas. Para quienes militamos en organizaciones políticas, sabemos que este es un desafío mayor y que nuestras formas de deliberar no están preparadas para ser extendidas a ámbitos más amplios y más complejos de la vida social. Así, esta agenda requiere pensar nuevas formas de deliberar, nuevas tecnologías e instituciones muy precisas que permitan que la deliberación sea sobre lo relevante y no sobre todas las cosas, conscientes de que la definición de lo relevante también puede ser un objeto de poder. De lo contrario, el socialismo que me anima puede devenir en una sociedad tortuosa y con poco tiempo libre.

Pensar el socialismo como una extensión de la idea liberal de igualdad en la incidencia política de los ciudadanos, define una agenda para el pensamiento y quehacer socialista en la que no hay buenas razones para suprimir (ni siquiera momentáneamente) las instituciones democráticas liberales, pero a su vez, una agenda en que tampoco hay buenas razones para detenerse allí. Es pensar el socialismo como una posta del tremendo aporte que ha hecho y que sigue haciendo el pensamiento liberal.

Así, aunque la honestidad intelectual exige reconocer que no fue ese mi camino, ya que fui educado para ser socialista y con el tiempo sólo me he dedicado a justificar aquello, me

gusta imaginar el pensamiento socialista como el resultado al que se llega cuando sin restringir nuestras opciones a las compatibles con las formas jurídicas del capitalismo, pensamos con mucha calma cómo cumplir realmente una promesa liberal. Esa febril e irresponsable promesa de que los seres humanos seríamos los soberanos de nuestro destino.